
CANTO DÉCIMOSEXTO.

Encantos y delicias amorosas.

Reynaldo abandona á Armida que en vano le sigue y ruega.
Ella destruye el palacio y vuela á la venganza.

I

Un gran círculo forma el edificio,
Y en el centro un jardín tiene en su seno,
Tan ornado con mágico artificio,
Que jamas hizo alguno más ameno
De genios infernales el oficio,
De vueltas y confusos giros lleno,
Formando un intrincado laberinto
Que el alcázar esconde en su recinto.

II

Pasan los dos por la mayor entrada
(La gran fábrica tiene más de ciento)
Cuyas puertas de plata cincelada
En quicios de oro puro hacen su asiento.
La admiran de figuras adornada
En que al metal supera el pulimento.
Para vivir, de voz sólo carecen;
Ni aun de ella, si los ojos fe merecen.

III

Miran de Lydia allí entre las doncellas
 A Alcides con su rueca hilos torciendo.
 Si al infierno venció, si pisó estrellas,
 Hila ahora, y Amor le ve riendo.
 Yole está con sus blandas manos bellas
 Por burla, la homicida clava asiendo;
 La piel de leon que el hombro la cubria
 Dura á sus tiernos miembros parecia.

IV

A otra parte está un mar; espuma hirviente
 Alzan las olas que en su azul ondean;
 De él en medio, dos filas frente á frente
 De naves y armas, y éstas centellean.
 En oro arden las ondas, reluciente,
 Y en Léucades parece que flamean.
 A Augusto, Roma: á Antonio en la otra hueste
 Sigue India, Arabia, Egipto y todo el Este.

V

Las Cieladas parecen nadar sueltas,
 Y que los grandes montes se entrechocan;
 Las naves unas contra otras vueltas,
 Tan fuertes sus ataques recíprocan.
 Lanzas, teas y flechas van revueltas:
 Rompen, queman, destruyen cuanto tocan.
 Vése, cuando indeciso aun se halla Marte,
 Que la bárbara reina huyendo parte.

VI

Síguela Antonio, y deja la esperanza
 Con que del mundo al sumo imperio aspira.
 No huye, no; su valor á más alcanza:
 Va tras la que huye, que le arrastra y tira;
 Diríais que le tienen en balanza
 Dudoso, amor, vergüenza, orgullo é ira,
 Y que indeciso mira ya el tremendo
 Combate, ya la vela que va huyendo.

VII

Luego del quieto Nilo en un receso
 Morir deseando en el regazo de ella,
 Y del hermoso rostro al embeleso,
 Consolarse parece de su estrella.
 De estas varias figuras el impreso
 Oro que en la real puerta destella
 Al paso los dos héroes contemplaron,
 Y en el dudoso alcázar luego entraron.

VIII

Cual Meandro, en su curso enmarañado,
 Juguetando en giros mil revuelve;
 Ya á su fuente, ya corre al mar salado,
 O torna y contra sí mismo se vuelve;
 El laberinto así, más intrincado
 Quizás; mas en el libro se resuelve
 Su secreto: en el libro que el anciano
 Les dió, y en que se explica todo arcano.

IX

Al dejar las torcidas vias oscuras,
 Bello, alegre el jardín les aparece.
 Quietas aguas en él, corrientes puras,
 Flores, y césped que lozano crece;
 Suaves collados, verdes espesuras,
 Umbrosa gruta que reposo ofrece.
 Lo más bello y que más en la obra luce
 Es que arte allí ninguno se trasluce.

X

Parecen (sea ingenio, sea descuido)
 El sitio y los adornos naturales,
 Y que un poder supremo ha reunido
 Natura y arte en remedarse iguales.
 Sólo al aura la maga ha recurrido,
 Y es el aura quien causa efectos tales,
 Que en los árboles flor y fruto junta:
 Madura el uno, cuando la otra apunta.

XI

En sólo un tronco, sin cambiar la hoja,
 Con higo nuevo, el viejo se conserva,
 Y en un ramo madura poma roja
 Junta con la que aun verde está y acerba.
 Exuberantes pámpanos arroja
 La vid torcida, entre la espesa yerba;
 Uva tiene en agraz, descolorida,
 Y de piropo y néctar otra henchida.

XII

Alegres pajarillos la enramada
 De dulces notas, compitiendo llenan;
 Murmura el aura; la hoja y agua helada
 Que ella mueve, diversamente suenan:
 Sopla, al cantar las aves, sosegada,
 Y hace rumor, si ellas la voz refrenan
 Por arte ó caso, el canto acompañando
 O con diversa música alternando.

XIII

Ven pájaro con pluma que matiza
 Vario color, su pico es cual de grana,
 Mueve flexible lengua en que armoniza
 Sones que imitan á la voz humana;
 Con arte tal su canto vocaliza,
 Que es una maravilla sobrehumana;
 Callan los otros por oírle atentos,
 Y los murmullos cesan de los vientos.

XIV

“ Mira—cantaba—despuntar la rosa
 “ Entre el verdor, modesta cual doncella,
 “ Que á medio abrir se oculta pudorosa;
 “ Cuanto se muestra ménos es más bella.
 “ Luego el desnudo seno, vanidosa
 “ Ostenta..... Héla marchita, y ya no aquella
 “ Parece ser que deseada ántes
 “ Por mil vírgenes fuera y mil amantes.

XV

“ Así en un día solo, pasajera
 “ La flor mortal se agosta de la vida,
 “ Y no al tornar la alegre primavera
 “ A verse volverá reverdecida.
 “ Coged la rosa en la hora placentera
 “ Del alba, que veréis presto perdida:
 “ De amor coged la rosa; amemos cuando
 “ Amor se puede conquistar amando.”

XVI

Calló, y concorde el coro de las aves
 Como aprobando, imitan sus acentos.
 Las palomas se dan besos sùaves;
 Hace á los brutos el amor contentos.
 El laurel casto, las encinas graves
 Sienten de amor gratísimos alientos;
 Las plantas, la agua y tierra que respiran
 Parece, y que de dulce amor suspiran.

XVII

En tan tierna armonía, y delirante
 Halago de amor dulce y lisonjero,
 Aquel par sigue rígido y constante
 Y rechaza el placer, duro y austero.
 Ven por entre las hojas adelante
 Al que buscaban caro compañero
 Sobre la yerba, en amoroso abrazo
 Yacer de Armida en el gentil regazo.

XVIII

Del blanco seno el velo ella apartaba;
 Suelto el blondo cabello al aura estiva,
 Lánguida del placer que la embriagaba;
 Su gracia la fatiga hacia más viva;
 Cual rayo en la onda, un sonreír vagaba;
 Su mirada era trémula y lasciva;
 Sobre él pende, en su gremio le sostiene;
 Sus ojos en los de ella él fijos tiene.

XIX

Y la ansiosa mirada ávidamente
 En ella ceba, y se destruye ardiendo,
 Se inclina ella y le besa complaciente
 Los ojos ó la boca, amor bebiendo.
 En aquel punto él un suspiro siente
 Tan hondo que imagina: "Mi alma huyendo
 " En ella va á anidarse." Sus amigos
 De aquella escena, ocultos, son testigos.

XX

Del flanco de él (¡arnés extraño!) pende
 Espejo de un cristal limpio y brillante;
 Álzase y en las manos lo suspende,
 De amor ministro, ante la bella amante.
 Ella rie, y él más y más se enciende
 Y un solo objeto en varios ven delante:
 Ve Armida su hermosura en el reflejo,
 Y él de los ojos de ella hace su espejo.

XXI

Esclavo el uno, la otra su señora,
 Ella en sí misma, en ella él se gloria.
 " Vuelve—él dice—tu vista encantadora
 " A mí, pues que tu dicha hace la mía;
 " Que tu imagen retrata seductora
 " Este incendio en que el alma se extasia:
 " Refleja de tus gracias el hechizo
 " Más mi pecho que el vidrio quebradizo.

XXII

" ¿Verme desdeñas? ¡Oh! si ser pudiera
 " Que tú vieses tu propio rostro hermoso;
 " ¡Cómo tu vista en él se complaciera
 " Y en éxtasis gozaras amoroso!
 " Espejo no hay en que cabal se viera,
 " Ni en él un Eden cabe delicioso.
 " Te es digno espejo el cielo: en las estrellas
 " Sólo puedes mirar tus formas bellas."

XXIII

Rie Armida al oírle, sin que deje
 Las caricias y plácidas labores:
 Sus cabellos recoge y diestra teje,
 Que agitan cefirillos voladores,
 Y en sus rubios anillos entreteje
 Como en el oro esmalte, lindas flores;
 Del blanco pecho entre los lirios pone
 Frescas rosas, y el velo albo compone.

XXIV

No tanto el pavo de soberbia hinchado
 La cola en rico resplandor despliega,
 Ni luce tanto el seno matizado
 Que corvo iris presenta al sol que ciega,
 Cual de ella el cinturón brilla encantado
 Que jamás, ni aun desnuda á dejar llega,
 Que lo incorpóreo en corporal trasforma
 Y en temple singular mezcla é informa.

XXV

Desdenes tiernos, suaves y serenas
 Repulsas, mimos vivos y traviosos,
 Lágrimas y sonrisas de amor llenas,
 Suspiros sofocados, dulces besos
 Juntando (del amor goces y penas)
 Templó en un lento fuego sus excesos,
 Y aquel cinto labró maravilloso
 Con que ceñido tiene el cuerpo hermoso.

XXVI

Cesa al fin sus halagos la hechicera;
 Le besa y de sus brazos se desprende,
 Que va, según que su costumbre era,
 A las mágicas trazas en que entiende.
 Él se queda, que dado no le fuera
 De allí moverse, ni él ya lo pretende.
 No sale del jardín solo un instante,
 Sino con ella, solitario amante;

XXVII

Pero cuando las sombras protectoras
De amor los dulces hurtos facilitan,
Pasan felices las nocturnas horas,
Y juntos bajo el mismo techo habitan.
Luego que ella á las artes impostoras
Se va que sus cuidados necesitan,
Los dos á quien las altas yerbas cubren
Pomposamente armados se descubren.

XXVIII

Como altivo corcel, que al fatigoso
Honor de la pelea arrebatado,
De las yeguas marido, en vil reposo
Suelto en los prados vaga entre el ganado,
Si el clarín le despierta sonoro
O el acero, relincha entusiasmado,
Y por la liza anhela y el ginete,
Que en él montado, intrépido acomete;

XXIX

Así el bravo doncel que de repente
Del brillo de las armas es herido,
Su sér guerrero, generoso, ardiente,
Al verlos todo siente conmovido,
Aunque en mórbidos goces, indolente
Y entre delicias yazga adormecido.
Ubaldo avanza y pónese delante
El reluciente escudo de diamante.

XXX

Reynaldo en él los ojos pone atento,
Y ve como en espejo su figura
Y el rico adorno, y cómo agita el viento
Su oloroso cabello y vestidura.
Entre aquel femenil muelle ornamento
Pende inútil espada á su cintura,
Que entre la seda, aljófar y ataujía
Más que arma, otro adorno parecía.

XXXI

Cual hombre en grave sueño aletargado,
Tras largo delirar al fin despierta,
Así éste, suspenso y admirado,
A sí mismo á mirarse allí no acierta.
Baja la vista tímido y cortado;
La vergüenza le embarga y desconcierta;
Quisiera que en su centro le ocultara
El mar, ó vivo fuego le abrasara.

XXXII

Entónces dice Waldo: "¿Cómo ahora
" Que Asia toda y Europa están en guerra,
" Y quien busca honra y prez y á Cristo adora,
" Acude armado á la siriaca tierra,
" A tí, hijo de Bertoldo, en torpe mora
" Y ocioso, este rincón del mundo encierra,
" Miéntras se agita el universo entero,
" De una mozuela insigne caballero?

XXXIII

" ¿Qué sueño ó qué letargo adormecida
" Tu alma tiene? ¿Qué hechizo te acobarda?
" ¡Alza! El campo y Gofredo te convida,
" Y fortuna y victoria allí te aguarda:
" Ven, hadado guerrero, á ver cumplida
" La empresa que empezaste; la bastarda
" Secta que hizo temblar la diestra tuya,
" Tu inevitable espada al fin destruya."

XXXIV

Calló. Al pronto el mancebo hablar no puede:
Confuso está una pieza y pensativo;
Mas cuando la vergüenza el lugar cede
Al coraje y valor en él nativo,
Y del rostro al rubor fuego sucede
Que sus venas abrasa más activo,
Rasga las ricas ropas y el indigno
Lujo, de esclavitud misero signo,

XXXV

Y la partida aguija, y del tortuoso
 Laberinto traspasa al campo abierto.
 Armida desde el pórtico suntuoso
 Ve que el feroz custodio yace muerto;
 Primero el pecho tiembla receloso;
 Luego ve de su amante el partir cierto,
 Y ¡oh dolor! que la espalda ingrato daba
 Al dulce antiguo albergue, y se alejaba.

XXXVI

Gritar quiso: “¿Por qué tu alma ingrata
 “ Me deja?” mas su voz ahogó la pena,
 Y en vano de exhalarla el pecho trata;
 Que vuelve al corazón y allí resuena.
 ¡Miser! Sus delicias le arrebató
 Mayor poder, que su poder enfrena.
 Lo conoce, y que en vano se atormenta;
 Mas aun que vuelva por la magia intenta.

XXXVII

Cuantas profanas notas maga impía
 De Tesalia vertió con boca inmunda
 Que los planetas detener podría
 Y almas sacar de su prisión profunda,
 Sabe emplear, mas nada le valía,
 Que el infierno su esfuerzo no secunda.
 Deja, pues, los conjuros, y procura
 Del ruego artes usar y de hermosura.

XXXVIII

Corre sin que al decoro en nada atienda.
 ¡Ay! ¿dónde están sus triunfos arrogantes?
 El imperio de amor do más se extiende,
 Con sólo su mirar movía ántes;
 Soberbia desdeñaba toda ofrenda:
 De amor avara, odiaba á sus amantes,
 De sí sola gustando; mas quería
 Ver á cuántos su amor rendir podía.

XXXIX

Con desden ora y burla abandonada,
 Sigue al que de ella huye y la desprecia;
 Procura que con llanto vea adornada
 La hermosura que en sí ya nada precia;
 Corre sin que su planta delicada
 Detenga el hielo ó la maleza recia;
 Manda en gritos su voz por mensajera
 Que no le alcanza. Él llega á la ribera.

XL

Desatentada grita: “Escucha, advierte
 “ Que parte de mí llevas, parte dejas;
 “ Una devuelves ó toma la otra, ó muerte
 “ A ambas da. Espera: mis postreras quejas
 “ Recibe, no los besos, que ofrecerte
 “ Otra más digna puede. ¿A qué te alejas?
 “ ¿Qué temes detenerte? ¡Ay de mí triste!
 “ Podrás negar, puesto que huir pudiste.”

XLI

Dícele Waldo entónces: “No conviene
 “ Que al ruego de esperarla se resista;
 “ De lástima y belleza armada viene,
 “ Dulce union que los ánimos conquista;
 “ Prueba darás de que tu pecho tiene
 “ Valor contra su llanto y grata vista.
 “ ¿Quién más fuerte que tú si á la sirena
 “ Afronta y vence tu razon serena?”

XLII

Entónces se detiene el caballero;
 Ella, anhelante, acércase llorosa;
 Doliente el rostro muestra y lastimero,
 Más bella cuanto está más congojosa.
 Le mira y le remira fijo; empero
 No habla; airada quizás, quizás medrosa.
 Él no la mira, ó si la ve un momento,
 La vista aparta vergonzoso y lento.

XLIII

Como el músico diestro, ántes que clara
 Suelte la voz al canto libremente,
 A la armonía el animo prepara
 Con dulces notas bajas suavemente;
 Así ésta al dolor que la acibara
 No sin arte desata la corriente:
 Da con suspiros un prelude breve
 Antes que la doliente voz eleve.

XLIV

Dijo luego: "De mí ruegos no esperes
 " Como amante á su amante los prodiga;
 " Fuimoslo un tiempo; serlo ya no quieres
 " Y de mí aun la memoria ora te hostiga.
 " Como enemigo escucha, pues lo eres:
 " No se niega el oído á una enemiga;
 " Lo que te pido es tal, que si á ello accedes,
 " Contra mí todo tu odio guardar puedes.

XLV

" Si me odias y placer con eso sientes,
 " Dêl no te privo: en él gozando insiste:
 " Justo lo crees, sea. Yo odié las gentes
 " Cristianas, y aun de mí tú odiado fuiste.
 " Nací pagána; ardides diferentes
 " Usé contra la secta en que naciste:
 " Te perseguí y prendí; logré alejarte
 " De la guerra, en secreta, ignota parte.

XLVI

" Aun añade que te hice que sintieras
 " Mayor agravio, daño más notable:
 " Te engañé con mis gracias lisonjeras.
 " Fué dolo impío, injuria imperdonable
 " Que mi flor virginal coger pudieras,
 " Mi belleza entregar á un dueño instable;
 " Lo que ántes á otros mil negué constante,
 " A tí en don ofrecer, novel amante.

XLVII

" Cuenta ese entre mis fraudes, y no leves
 " Penas inpónme, por las culpas mías.
 " Párte, pues, sin que ni un recuerdo lleves
 " Del albergue que tanto amar solias;
 " Pasa el mar, vé á la guerra donde pruebes
 " Nuestra fe á derrocar que tanto ansías.
 " ¿Nuestra? No mía: creo yo y confío
 " En tí solo, crûel ídolo mio.

XLVIII

" Que yo te siga sólo me concede,
 " Gracia que aun no se niega al enemigo;
 " Su presa el robador dejar no puede;
 " Lleva á su preso el vencedor consigo;
 " A tus demas trofeos éste excede:
 " De nueva gloria al campo harás testigo
 " Burlando á quien de tí burlar pensaba,
 " Y señáleme el dedo por tu esclava;

XLIX

" Y esta cautiva vil ¿á quién conserva
 " Su cabello, de tí ya despreciado?
 " Le cortaré, y el título de sierva
 " De servil porte vaya acompañado.
 " Te seguiré cuando el furor más hierva
 " Del combate, á donde ande más trabado:
 " Vigor y ánimo tengo que me basta
 " Tu caballo á guiar, á llevar la asta:

L

" Tu escudero, si quieres, ó tu escudo
 " Seré; que anhelo sólo defenderte;
 " Mi seno ó cuello pasarán desnudo
 " Las armas dirigidas á ofenderte;
 " Quizás se abstenga el bárbaro más crudo
 " De herirte, por no darme ántes la muerte;
 " Su venganza, aunque grata, abandonada
 " Por la beldad, si lo es, menospreciada:

LI

“ ¡Infeliz! Aun presumo, aun tengo en tanto
 “ Belleza baladí que nada obtiene.....”
 Dijera más; pero brotando el llanto
 Cual raudo manantial su voz detiene.
 Quiere entónces su diestra asir, ó el manto,
 De ruego en ademan: él la previene:
 Se vence y se retira. Halla impedida
 La entrada Amor, el llanto la salida.

LII

No entra Amor en el pecho en que renueva,
 Pues la razon le heló, la antigua hoguera;
 Mas de él en vez la compasion le mueve,
 Que es de Amor, aunque honesta, compañera;
 Y el noble corazon tanto conmueve,
 Que el llanto apénas contener pudiera;
 Mas ese tierno afecto luego enfrena
 Y cuanto puede su actitud serena.

LIII

Al fin responde: “ Armida, pena intensa
 “ Me causas. Si pudiese, bien querria
 “ Del mal nacido amor tu llama inmensa
 “ Extinguir: no te odia el alma mia,
 “ Ni pienso yo en venganza ó en ofensa,
 “ Ni enemiga ó esclava te tendria.
 “ Tu error deploro: moderar no puedes
 “ Ya el amor ó ya el odio en que te excedes.

LIV

“ Mas qué ¿ en el hombre son las culpas raras?
 “ Yo tu fe, edad y sexo considero:
 “ Tambien yo erré; perdon mis faltas claras
 “ Demandan: yo no puedo ser severo.
 “ En mis memorias plácidas y caras
 “ Tu recuerdo será siempre el primero.
 “ Tu campeon seré cuanto ser pueda
 “ Y la guerra, mi honor ó fe no veda.

LV

“ Mas ¡ay! pongamos fin al desacierto
 “ De ambos, y á la vergüenza ya pasada,
 “ Y del mundo en este último desierto
 “ Su memoria dejemos sepultada.
 “ Sólo este de mis hechos, sea encubierto
 “ Doquiera que mi historia sea contada:
 “ ¡ Ah! que jamas con él se empañe el lustre
 “ De tu beldad, valor y sangre ilustre:

LVI

“ Quédate en paz; yo parto; no me es dado
 “ Llevarte: quien me guia me lo impide;
 “ Otro camino toma bienhadado
 “ Y á la prudencia tus consejos mide.”
 Ella, miéntras él habla reposado,
 Turbada, inquieta, á nada se decide:
 Por un rato en él fija su mirada
 Torva, y al fin prorumpe airada:

LVII

“ Ni eres de Sofia hijo, ni nacido
 “ De sangre Azzia: que la onda insana
 “ Del mar te crió, y el Cáucaso aterido,
 “ Y amamantó tu infancia tigre hircana.
 “ ¿ A qué fingir? Ese hombre empedernido
 “ Ya ni un indicio da de mente humana.
 “ ¿ Cambió acaso color? ¿ Dió á mi quebranto
 “ Un suspiro? ¿ Asomé á sus ojos llanto?

LVIII

“ No sé yo lo que calle y lo que diga;
 “ Juró ser mio, y me huye y me abandona.
 “ Clemente vencedor, de su enemiga
 “ Las ofensas, los crímenes perdona.
 “ Oid sus consejos. ¡ Qué virtud abriga!
 “ ¡ Xenócrates, de amor cómo razona!
 “ ¡ Cielos! ¡ Dioses! ¿ Sufrís tales malvados
 “ Y no sobre ellos fulminais airados?

LIX

Véte, cruel, al fin, y la paz siente
 " Que á mí me dejas: véte, inícuo, ahora.
 " Pronto, espíritu atroz, sombra inclemente
 " Me tendrás á tu espalda á toda hora:
 " Cuanto te amé, con tea, con serpiente
 " Te afligiré, cual furia vengadora.
 " Si tu destino quiere que navegues
 " De riesgos libre, y al combate llegues;

LX

" Entre la sangre y muertos, espirante
 " Mis penas pagarás, impío guerrero;
 " Repetirás mi nombre, suplicante,
 " Con el postrer suspiro. Oirlo espero."
 El aliento faltóle en ese instante,
 Y aun el último acento no fué entero.
 Cae mortal. Frio sudor la hiela,
 Y una nube sus claros ojos vela.

LXI

Sin vista estás, Armida. Avaro el cielo
 El alivio te niega de tus males;
 Los ojos abre y te dará consuelo
 Ver los de tu enemigo hechos raudales.
 ¡Oh! ¡Si le oyeras! tu doliente anhelo
 De su piedad calmaran las señales.
 Da cuanto puede y no lo crés. Al irse,
 De tí en el alma siente despedirse.

LXII

¿Y qué hará ahora? ¿En la desnuda arena
 Así la dejará que muera ó viva?
 La cortesía y compasion le enfrena;
 Dura necesidad su paso aviva;
 Párte; el céfiro agita la melena
 De aquella que con él por guía iba.
 Vuela el bajel. La playa él fijo mira
 Hasta que ya lejano se retira.

LXIII

En sí ella vuelta, explora cuanto alcanza
 Su vista, y todo ve desierto y mudo.
 " ¡Y se fué!—dice—¿En tanta malandanza
 " Aun dudando si vivo partir pudo?
 " Ni un consuelo, ni un punto de tardanza
 " En trance tal, me dió el traidor sañudo,
 " ¿Y aun le amo y mis quejas doy al viento
 " Y sin venganza aquí á llorar me siento?

LXIV

" No más llanto. ¿Otras armas, otro arte
 " No tengo ya? Te seguiré, perjuro:
 " Cielo ni abismo no podrá ocultarte
 " A mi furia. Ya llego; el pecho duro
 " Te abro, ese corazon para arrancarte;
 " Y en cuartos destrozor tu cuerpo juro.
 " Maestro en crueldad eres; pero quiero
 " Ganarte..... mas ¿dó me hallo? ¿qué profiero?

LXV

" ¡Ay! infeliz Armida, tú debias
 " Entónces cruel ser con el tirano
 " Cuando era tu cautivo; ora tardías
 " Tus iras son y tu furor insano.
 " Mas si algo la hermosura y artes mias
 " Pudieren, no será mi intento vano;
 " Y pues fué mi belleza la ofendida,
 " Déme ella la venganza apetecida.

LXVI

" Esta belleza mia premio sea
 " Del que cortare la cabeza odiada.
 " Ved, amantes famosos, quién se emplea
 " En esta empresa ardua, mas honrada.
 " Aunque herencia riquísima posea,
 " Quiero yo misma en galardón ser dada.
 " Si comprarme en tal precio no merezco,
 " Por inútil, belleza, te aborrezco:

LXVII

“Triste don, te detesto, y juntamente
 “El reinar, el vivir y el ser nacida.
 “De la dulce venganza solamente
 “La esperanza, preciar me hace la vida.”
 Dice así en voz cortada, de ira ardiente,
 Y aquella playa deja, enfurecida,
 Mostrando cuanta rabia el pecho acoja
 Torva en la vista, desgredada y roja.

LXVIII

Llega á su albergue, y con terrible acento
 A trescientos demonios su voz llama;
 Negro se nubla el aire en el momento;
 Palidece del sol la eterna llama;
 Sopla y las sierras estremece el viento;
 Bajo los piés el hondo infierno brama;
 Del palacio en los ámbitos, horrendo
 De aullar, silbar, ladrar, se oye el estruendo.

LXIX

Sombra más que de noche, en que no luce
 Ni un débil rayo, todo lo circunda;
 Sólo un vago relámpago reluce
 Por entre aquella oscuridad profunda.
 Al fin cesó. La luz el sol reduce
 Pálida y sin que léjos se difunda.
 No se ve ya el palacio, ni siquiera
 Vestigio de donde ántes estuviera.

LXX

Como denso nublado que oscurece
 Del espacio el azul por un instante,
 Cuando el viento ó el sol le desvanece,
 Cual sueño va de enfermo delirante;
 Así se fué el alcázar, y aparece
 La horrible roca natural delante.
 En su carro la maga sube pronta,
 Y cual suele, en los aires se remonta.

LXXI

Pisa las nubes y con raudó vuelo
 Por la region del huracan transita.
 Del aterido polo pasa el hielo
 Y las tierras que ignota gente habita,
 Y de Alcides los términos; el suelo
 De Hesperio y Moro, alto subiendo evita;
 Mas sobre el mar suspenso el vuelo tiene
 Hasta que donde está Soria viene.

LXXII

A Damasco no va, patria que un día
 Cara le fué; su aspecto hoy la atormenta;
 Mas á la estéril playa el carro guía
 Donde en un lago su castillo asienta.
 Llega; la turba fiel que la servia
 Aparta; en yerma estancia se aposenta;
 Allí en vario pensar su mente gira,
 Mas al fin, del pudor triunfa la ira.

LXXIII

Dice: “Iré cuando aun no los estandartes
 “Del Oriente, el Soldan de Egipto mueva,
 “Y cambiaré con mis secretas artes
 “Mi forma en cualquier forma extraña y nueva.
 “Trataré arco y espada. En todas partes
 “A los fuertes sumisa, pondré á prueba
 “Si en algo á mi venganza servir pueden.
 “El honor y el respeto aparte queden.

LXXIV

“No me acuse (á sí solo culpar debe)
 “Mi tío y guardador que así me expuso,
 “Él mi alma audaz en frágil sexo leve,
 “Primero á oficios indebidos puso;
 “A dama errante me enseñó, y en breve
 “De vergüenza y pudor olvidé el uso.
 “A él se atribuya todo. Él satisfaga
 “Cuanto yo por amor ó enojo haga.”

LXXV

Así concluye, y damas, caballeros,
 Pajes, caudillos, presurosa aduna,
 Y en trajes, en arneses y en aperos
 El arte emplea y la real fortuna.
 Párte, y sin descansar, dias enteros
 Así camina al sol como á la luna,
 Hasta llegar donde la amiga hueste
 Cubre de Gaza la llanura agreste.

FIN DEL CANTO DÉCIMOSEXTO.

CANTO DÉCIMOSÉPTIMO.

Reseña y partida del ejército egipcio, al que se junta Armida.
 Escudo de Reynaldo y genealogía de la casa de Este.

I

Gaza es ciudad al fin de la Judea,
 En via que á Pelusio se encamina,
 Junto al mar asentada, y que rodea
 Llano inmenso de suelta arena fina,
 Que como Austro á la onda que golpea,
 Viento que recio sopla arremolina,
 Y hace que el peregrino pueda apénas
 Senda hallar en las móviles arenas.

II

Del rey de Egipto es la ciudad frontera,
 Que hace gran tiempo al Turco la ha ganado.
 Viéndola cuán cercana y propia era
 A la empresa en que ahora está ocupado,
 Dejó á Menfis, su corte verdadera,
 Y allí trasladó el trono: allí juntado
 Había de provincias diferentes
 Innumerables haces y potentes.